

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

P. Peter-Hans Kolvenbach

Queridos Padres:

Querría, ante todo, agradeceros que hayáis accedido a la invitación de venir a Roma para tratar acerca de la obra que la Iglesia nos ha confiado y que se llama el Apostolado de la Oración. Esta reunión es importante porque permite un cambio de experiencias de unos con otros, que harán surgir, sin duda, nuevas ideas; dará también ocasión para aprovechar plenamente los nuevos datos teológicos, bíblicos, litúrgicos, históricos y espirituales que se ofrecen al Apostolado de la Oración para su renovación y finalmente esta reunión permitirá también adaptar más los Estatutos al nuevo derecho canónico para que el Apostolado de la Oración pueda servir mejor e insertarse más en las estructuras de la Iglesia de hoy.

La finalidad que me propongo esta mañana al abordar este vasto programa consiste en proponeros una visión sencilla de conjunto acerca de las inspiraciones y de las dificultades que ha conocido el Apostolado de la Oración a lo largo de su historia, tomando como tema las relaciones que han existido entre el Apostolado de la Oración y los Generales de la Compañía.

No habrá a penas revelaciones sensacionales, pero el hecho de trazar brevemente esta historia, evoca perspectivas, que pueden ser hoy todavía útiles y de una manera positiva o negativa, pueden orientar nuestras discusiones.

La historia, ya larga, de nuestro Movimiento se puede dividir en tres períodos, de una duración aproximada de 50 años cada uno.

Orígenes y expansión (1844-1892)

Los directores del AO fueron tres en este período.

El **P. Francisco Xavier Gautrelet** (1844-1860), a los 37 años, siendo P. Espiritual de nuestros estudiantes de Vals, fundó el AO en 1844 y perseveró en este cargo hasta 1860.

Se propuso dos cosas: "hacer la propagación de la fe por medio de la oración", es decir, canalizar las energías vivas del Cuerpo místico al servicio de la evangelización; y, al mismo tiempo, ayudar a superar el egoísmo de las personas buenas (al principio el AO se propagaba casi exclusivamente entre religiosos y religiosas!) haciendo que se interesaran por los grandes problemas de la Iglesia, especialmente en las misiones, "mediante el celo y la caridad que hacen salir al hombre de sí mismo" (L'Apostolat de la Prière", Lyon-Paris. 1846, p. 84-85).

La obra iniciada por el P. Gautrelet hubiera desaparecido pronto por falta de estructuras, si no hubiera venido en su ayuda el joven profesor de filosofía, P. Henri Ramière (1861-1884). Ramière era un hombre de gran capacidad intelectual, ferviente religioso, con talento de escritor y de organizador, espíritu naturalmente combativo y de celo apostólico ardiente. Durante 24 años se dedicó con entusiasmo y sin descanso al AO y le imprimió un estilo propio.

Su labor como Director del AO se distinguió por tres cosas principalmente:

- supo profundizar el mensaje espiritual del AO acerca del valor de la oración apostólica; de la divinización del cristiano y de todas sus obras; de la participación en la vida del Cuerpo místico de Jesucristo y, de un modo particular, de la devoción al Corazón de Jesús;

- difundió extraordinariamente la obra por todo el mundo, de tal manera que a su muerte se contaban 35.000 centros con 13 millones de socios y 14 "Mensajes" en diferentes lenguas;

estableció una organización, centralizada en Toulouse, un poco rígida y complicada, que sirvió para mantener la cohesión del movimiento, aunque causó algunas molestias con sus frecuentes intervenciones en la Curia Romana, en las diócesis y en el gobierno interno de algunas asociaciones.

El **P. Emiliano Regnault** (1884-1895) intentó llevar adelante la obra de su antecesor con un esfuerzo que era superior a sus fuerzas. Las dificultades, que llevaba consigo el régimen centralizado del P. Ramière, se hicieron más patentes durante su mandato, sobre todo cuando, sin contar suficientemente con el P. General, se propuso conseguir de la Santa Sede la aprobación de nuevos Estatutos en los que se reconociera el AO como obra de la Compañía, bajo la inmediata dirección del P. General.

Durante este primer período, tres Generales gobernaron la Compañía. Los dos primeros se mostraron muy favorables, aunque no mantuvieron relaciones directas con el AO.

El **P. Juan Roothaan** (1829-1853) estimaba sinceramente el AO, desde que tuvo noticia de él. Escribió una carta muy expresiva al P. Gautrelet el 2 noviembre 1846, felicitándole calurosamente por su libro y concediéndole una participación de todos los bienes espirituales de nuestros misioneros en favor de los miembros del AO.

El **P. Pedro Beckx** (1853-1889) confió al P. Gautrelet cargos de confianza, confirmó las disposiciones de su predecesor (3 enero 1861) y sirvió de mediador en algunas tensiones surgidas entre el Director del AO y algunos dicasterios romanos, apoyándose en la alta estima que tenía del P. Ramière.

Más crítica y difícil fue la actitud del P. **Antonio M. Anderledy** (1887-1892). Este P. General tuvo que responder a una consulta de la Sagrada Congregación de

Obispos y Regulares acerca de los nuevos Estatutos del AO, que el P. Regnault habla presentado a esta Congregación. Estos Estatutos proponían, como he indicado antes, que el AO se convirtiese en una obra de la Compañía y que el mismo P. General fuese, pro razón de su cargo, el Director General del AO.

La reacción del P. Anderledy fue decididamente negativa. Pudo influir en su negativa la conducta del P. Regnault y de su predecesor, que no informaban suficientemente a los superiores acerca sus gestiones en Roma; pero a nosotros nos interesa más conocer las razones en las cuales apoyaba su negativa. El P. Anderledy creía que el modo de gobierno, que empleaba el AO, excesivamente centralizado y autoritario y al margen de sus superiores, no era compatible con el modo de proceder de la Compañía. Se ingería en el gobierno de las diócesis a través de los que llamaban "directores generales" de zona; y la Compañía no tenía de hecho ninguna autoridad sobre el AO.

La solución la encontraría más tarde el siguiente General de la Compañía.

Consolidación del AO, bajo la Dirección de la Compañía

La elección del **P. Luis Martín** (1896-1906) en Loyola, podía significar una evolución en la conducta de su antecesor. Porque el P. L. Martín había conocido directamente el AO en Francia durante su destierro de España; había sido director del AO en Salamanca (1880-1885) y director del "Mensajero" en Bilbao (1885). Había conocido la política del P. Anderledy, durante su estancia en la Curia de Roma, antes de ser nombrado por éste Vicario General a su muerte.

Se conservan inéditos en el archivo de la Dirección General del AO unos apuntes del P. Calvet, Provincial de Lyon, que reflejan la opinión que se había formado el P. Martín acerca de la política que convendría seguir respecto al AO, ya desde los días de la Congregación General de Loyola: convenía que se cambiara el estilo de gobierno del AO con unos nuevos Estatutos y que

más adelante pasase a depender de la Compañía. Para ello sería también necesario que se independizase de otras asociaciones con las cuales mantenía relaciones confusas.

Apenas venido a Fiésole, donde estaba la Curia de la Compañía, respondió a la S. Congregación de Obispos y Regulares para continuar el diálogo iniciado con su predecesor. Sin desautorizar a éste, muestra su buena opinión del AO, sugiere la conveniencia de un cambio de estatutos y, reconociendo la imposibilidad de que el P. General se haga cargo del Movimiento, aconseja que se ponga bajo la dirección del Arzobispo de Toulouse.

La Sagrada Congregación estimó las indicaciones del P. General, pero insistió, definitivamente, en que el mismo P. General preparase el cambio de Estatutos y que él mismo fuera el Director General del AO aunque nombrase un Delegado suyo en Toulouse.

Así nacieron los Estatutos de 1896, que estarán vigentes hasta 1951. Por su parte el P. Martín nombrará Delegado suyo en Toulouse al P. Augusto Drive (1895-1908).

Tanto el P. Luis Martín, como su sucesor el P. **Francisco Wernz** (1904-1914) tomarán con responsabilidad el encargo de la Santa Sede, aunque hicieron una amplia delegación de sus facultades en los PP. de Toulouse. Al P. Drive sucederá luego el P. José Boubée (1908-1911) y José Calot (1911-1924). Los PP. Generales, sin embargo mantuvieron frecuente correspondencia con ellos y dieron orientaciones prácticas acerca de la organización de la Obra y, sobre todo, acerca del trabajo editorial de los "Mensajeros".

Mucho más había de influir el P. **Wlodimir Ledóchowski** (1915-1942) durante su largo generalato.

El P. Ledóchowski había sido Director del Mensajero en Polonia (1900) y Director Diocesano del AO en Cracovia (1901). Se había interesado mucho por el AO y por la devoción al Corazón de Jesús, cuando fue asistente de Alemania en la Curia (1906-1914).

Múltiples fueron sus intervenciones como Director

General del AO: convocó dos veces en Roma a los Secretarios Nacionales del AO y Directores de "Mensajeros" (1920 y 1925); fundó el Boletín mensual "Nuntius ad Nuntios" (1925); trasladó definitivamente a la Curia de Roma desde Toulouse, la Dirección General (1926); introdujo las intenciones misionales, aprobadas por el Sumo Pontífice (1928); impulsó la Cruzada Eucarística del AO (1932) y la obra de la Consagración de las familias al Corazón de Jesús, como obra propia del AO (cf AR III, 1920, pp. 226ss).

Apenas se conservan orientaciones concretas del P. Ledóchowski acerca del AO (discursos, cartas). Nos consta, sin embargo que el AO era una de sus constantes preocupaciones de gobierno. Habla ya aunque brevemente del AO en su primera carta sobre el Corazón de Jesús: "La última CG XXVI, enseñada por una larga experiencia de años, recomendó con graves palabras e insistió con la autoridad que tenía, para que todos los jesuitas, pero sobre todo los que están al frente de la Compañía, se esforzasen en promover el AO, especialmente porque de este modo la Compañía pueda cumplir mejor el encargo recibido, a saber, de practicar, de promover y de propagar la devoción al divino Corazón de Jesucristo" (9 junio 1919, AR III, 1919, p.54). Las mismas ideas las repetirá más tarde en la carta que dirigirá sobre el mismo argumento a toda la Compañía, con motivo del 250 aniversario de las revelaciones de Paray-le-Monial (5 junio 1938, AR, IX, 1938, p. 207).

Son interesantes también su insistencia en la obra de la consagración de las familias al Corazón de Jesús; sus frecuentes recursos personales a Pió XI y las breves pero interesantes observaciones reflejadas en las actas del Congreso de 1925. Por ejemplo:

- "Conviene que los párrocos comprendan el verdadero espíritu del AO y de su organización. Porque muchas veces creen que el AO es una obra jesuítica y que por eso ejercemos sobre la parroquia una especie de superintendencia. .. Nosotros en las parroquias debemos ser ayudantes" . (Conventus Directorum AO 1925. Toulouse, p.81).

- Acerca de las obras externas de apostolado en

los Centros "N.P. dice que se trata de una cuestión de gran importancia. Nuestros Estatutos se aprobaron en 1896; cuando se juzgaba como un crimen que se quisiera asumir obras de apostolado (se refiere a la confusión entre el AO y otras obras, que se había derivado de la política del P. Ramière). Por eso, los Estatutos casi omiten las obras de celo; y las obras externas ni se nombran, sino en cuanto que tienen un "valor impetratorio". Aunque la excesiva efusión a las obras exteriores, añadía, se debe evitar y aunque falsamente crean algunos que el AO puede aceptar cualquier clase de obras de celo exterior, sin embargo el AO según una continua tradición, es claro que puede, mas aún, que debe unirse con obras exteriores" (ibidem, p. 83). Más adelante explicará que se trata de la obra de la consagración de las familias, hora santa, etc. y que estos criterios se deben tener presentes en los nuevos Estatutos, en que ya se pensaba; no se pueden aceptar indistintamente todas las obras apostólicas, como había insinuado el P. Vilariño; más bien se debe distinguir entre las obras que deben asumir los centros como tales y las obras apostólicas en las que deben colaborar los socios a título personal (cf ibidem, pp. 94-95).

- En la sesión 5ª se preguntaba "si la Compañía no se había alejado un poco de la práctica tradicional de trabajar con hombres... Por eso recomienda N.P. que el AO procure ir a los hombres, especialmente a aquellos que están abandonados y alejados de la Iglesia. No en todas partes está haciendo por ellos la Compañía lo que debe hacer según su Instituto" (ibidem, 99).

En el largo intervalo que medió entre el generalato del P. Ledóchowski y del P. Janssens, (a causa de las dificultades originadas por la II Guerra Europea), se sucedieron dos Vicarios Generales, el **P. Alejo Ambrosio Magni** (1942-1944) y el **P. Norberto de Boynes** (1944-1946) En medio de este período ocurrió la celebración del Primer Centenario del Apostolado (1844-1944). Con este motivo el P. Magni envió poco antes de morir una carta a toda la Compañía insistiendo en la importancia del AO en nuestra vida apostólica y el P. de Boynes recibió una importante Carta Apostólica de Pió XII sobre el mismo asunto (AR X, 1944, p. 662-672).

Renovación y crisis del postconcilio

Este tercer periodo corresponde a los Generalatos del P. Janssens y del P. Arrupe, con el breve período de la Delegación Pontificia del P. Dezza.

Predomina en esta etapa de nuestra historia la preocupación por una renovación de los Estatutos (en 1951 y en 1968) y los síntomas de crisis, propia de los años anteriores y posteriores al Concilio.

El **P. Juan B. Janssens** (1946-1964) fue un convencido y, al mismo tiempo, un activo promotor del AO. Había conocido de cerca el florecimiento de las "Ligas del Sagrado Corazón" en Bélgica y desde el primer momento exhortó con todo empeño a la Compañía a seguir por este camino.

Basta recordar algunas de sus múltiples intervenciones: Carta a todos los Provinciales sobre el AO (AR XI, 1947, p. 290ss) y el mismo día a todos los Directores y Promotores del AO (ibidem, pp. 293-298); pocos días más tarde dirige una carta a toda la Compañía "sobre nuestros ministerios", en que propone el AO como uno de nuestros métodos propios de apostolado, junto con los Ejercicios y las Congregaciones Marianas (ibidem, especialmente pp. 333-335); en 1948 convoca un Congreso de los Secretarios Nacionales y Directores de "Mensajeros" en Roma y después de haber participado personalmente en sus sesiones, envía una carta a los Provinciales con sus principales resultados (AR XI, 1948, pp. 535-538); propone a la Santa Sede nuevos Estatutos, que darán ocasión a una Carta Autógrafa de Pió XII con su amplia aprobación (AR XII, 1951, 25-28). El mismo P. Janssens publica con esta ocasión una amplia Instrucción a toda la Compañía acerca del AO "como instrumento de pastoral" (ibidem 267-282) y envía, después, un "Manual del AO" que deberá comentarse a nuestros estudiantes y a los PP. de Tercera Probación (AR XII, 1955, pp. 795-796); convoca en Roma un nuevo Congreso de Promotores y Responsables del AO en 1956 (cf AR XIII, 1956, pp. 100-105); propone a la Santa Sede unas nuevas "Normas para la Cruzada Eucarística", que merecerá también una carta autógrafa de apro-

bación de Pió XII (AR XIII, 1958, pp. 390-401); crea secciones especiales del AO para los sacerdotes y para promover la unión de los cristianos (AR XIII, 1959, pp. 509-603; 605-606).

Para realizar esta ingente obra encontrará un fiel y perseverante colaborador desde 1949 en el P. Federico Schwendimann (Austr.).

Cuál era la idea que el P. Janssens se había formado del AO? De dónde provenía la convicción de su eficacia en aquel momento de la vida de la Compañía?

No sería fácil resumir su pensamiento, tal como se expresa en sus cartas y en sus discursos. Pero podemos hacer resaltar las siguientes ideas fundamentales:

1) El P. Janssens estimaba profundamente los "tres grados", como se llamaban en los Estatutos de 1896 o las "prácticas", según los Estatutos 1951 recomendadas por el AO: el ofrecimiento de obras, el rosario y la comunión mensual. Pensaba que eran tres cosas, que bien hechas, podían caracterizar una vida profundamente cristiana, sobre todo si se entendían, como él las entendía: el ofrecimiento de la vida entera por la Iglesia; el rosario, sobre todo en familia, y la comunión como se hacía en las grandes concentraciones de hombres, promovidas por las Ligas. "Hay que distinguir, decía, entre lo que a la gente le gusta y lo que les aprovecha y les es saludable y provechoso" (Conventus AO, 1948, pp. 15-16).

2) Otra idea que repite con frecuencia es que no podemos contentarnos con prácticas religiosas, si no van acompañadas de una formación religiosa, especialmente en aquellas regiones, donde predomina la piedad popular. La instrucción religiosa es hoy más necesaria que nunca para formar bien a los laicos y para infundirles un profundo espíritu apostólico. Para la formación de los laicos recomienda, además de los medios tradicionales, la publicación esmerada de los "Mensajeros", las emisiones de radio y televisión y, en general, todos los medios de comunicación social.

3) Otra idea muy familiar al P. Janssens es que el AO no debe limitarse a un grupo reducido de fieles, sino que se debe extender al mayor número posible: "Como las Congregaciones Marianas han nacido para trabajar con un grupo, relativamente pequeño de selectos, el Apostolado debe trabajar con muchos, aunque exigiendo un grado más común de virtud" (AR 1947, p. 333). Todos, incluso los más rudos, son capaces de entender el mensaje que les proponemos en el AO y de santificar y ofrecer a Dios su propia vida. Debemos hacer el AO compatible con otras asociaciones, porque el AO es una asociación peculiar, "como el aire que se respira": "penetra (las otras asociaciones) como el aire puro y sano, con el cual la vida sobrenatural y apostólica se renueva y se conforma" (Pió XII, AR XIII, 156, p. 37).

4) Resulta también interesante fijarse en lo que el P. Janssens esperaba de la Compañía. En sus repetidas cartas a los Provinciales sobre este asunto, dice que se deben formar nuestros jóvenes para este ministerio; que se deben destinar sujetos aptos y bien preparados; que se debe corregir a los que no estiman el AO: "Oigo, dice en su primera carta sobre el AO a los Provinciales, que hay algunos, en alguna que otra provincia, que dicen que el AO... ha pasado de moda y que no conviene a los hombres de nuestra época. Este error nacerá de un espíritu bueno, pero no suficientemente iluminado y puede llegar a ser destructor" (AR XI, 1947, p. 290); aconseja a los Provinciales que inserten el AO en los programas pastorales de la provincia: como obra de perseverancia de los ejercicios y de las misiones; como instrumento de formación de los laicos; como modo de reunir a los hombres; como medio de atraer a los jóvenes a Cristo; como modo de cooperar en la renovación litúrgica y de promover la devoción al Corazón de Jesús (AR XII, 1952, p. 27ss). A los Promotores del AO les recordará la necesidad de una dedicación completa, en estrecha unión con la dirección general de Roma, y con cuantos trabajan en el AO y siempre al servicio de la Iglesia local.

El P. Pedro Arrupe (1965-1983) puede aparecer, al lado del P. Janssens, como menos interesado en la devoción al Corazón de Jesús y en el AO. Algunos hubieran deseado que recomendara con más insistencia, sobre todo a los superiores, el AO.

Pero su trabajo en favor estos dos aspectos de nuestros ministerios merece particular atención.

Inmediatamente después de su elección mandó hacer una amplia consulta para renovar los Estatutos del AO, aprobados por Pió XII en 1951, y acomodarlos a las nuevas orientaciones del Concilio. Este trabajo se vio coronado con una solemne aprobación de Pablo VI, por medio del Cardenal Secretario de Estado H.J. Cicognani el 27 de marzo 1968 (AR XV 1968, p. 203-211), que el mismo P. Arrupe comunicó a la toda Compañía el 21 de junio (AR XV, 1968, pp. 304-305).

Convocó un Congreso de Secretarios Nacionales de todo el mundo en Roma en abril-mayo 1974, en vísperas de la CG XXXII y pronunció con este motivo dos importantes discursos, al principio y al fin ("Apostolado de la Oración" 1974, pp. 217-242; AR XVI, 1974, pp. 239-246). Participó con un discurso en la Reunión de Secretarios Nacionales de Europa en Roma, 1979 (cf "Oración y Servicio", 1980, pp. 225-231). Favoreció las reuniones de Secretarios Nacionales de América Latina Meridional en Buenos Aires (1980) y Septentrional, en Bogotá (1981), además de las reuniones anuales de los Secretarios de Europa a partir de 1975 en diversos países.

Creó el "Centro Internacional de Pastoral de la Oración" junto a la Dirección General del AO, para experimentar y fomentar la colaboración del AO en todos los problemas relativos a la pedagogía y a la inculturación de la oración, como actividad propia del AO y de particular interés para la Iglesia de hoy (AR XVIII, 1980, p. 220).

Para secundar estas iniciativas se valió del P. Jesús Solano (Castilla, 1969), del P. Edgardo de la Peza (México, 1974) y del P. Luis González (Toledo, 1980), ayudados por el P. Mariano Ballester (Toledo, 1974).

En cuanto a la devoción al Corazón de Jesús el mismo P. Arrupe se excusó en su último discurso a la Compañía, diciendo: "Podrá haber extrañado a alguno que durante mi generalado hay hablado relativamente poco de este tema. Ha habido para ello una razón pastoral. En décadas recientes la expresión misma. Sagrado Corazón¹ no ha dejado de suscitar en algunas partes reacciones emocionales y alérgicas, quizás, en parte, como reacción a formas de presentación y terminología ligadas al gusto de épocas pasadas. Por ello me pareció que era aconsejable dejar pasar algún tiempo, en la certeza de que esa actitud, más emotiva que racional, se iría serenando" (AR XVIII, 1981, p. 470).

Pero en realidad, como se ha podido comprobar con la publicación del libro "En el solo... la esperanza", quizás ningún otro P. General ha escrito y hablado tanto sobre el Corazón de Cristo durante su generalato, como el P. Arrupe!

Pero interesa ahora más que enumerar los acontecimientos, investigar cuál ha sido su política acerca del AO.

En primer lugar, habría que analizar la novedad que representan los nuevos Estatutos presentados por él a Pablo VI. Se advierte en ellos un firme deseo de mantenerse fiel a la tradición del AO y al mismo tiempo un interés por acomodar el contenido y el lenguaje al estilo del Concilio, sobre todo en lo que se refiere a la llamada universal a la santidad, a la responsabilidad apostólica de todos los miembros del pueblo de Dios y concretamente de los laicos, a una participación más viva en la liturgia y a la pastoral de conjunto, a nivel de diócesis y de conferencias episcopales.

Sus múltiples intervenciones demuestran siempre una clara conciencia de las dificultades con que tropezaba el AO en la época postconciliar y que ya en parte habían comenzado a sentirse en la época anterior. Ciertamente no se trataba de una crisis exclusiva del AO, sino común también a otras asociaciones. El problema estaba en saber "cómo presentar de un modo propio uno de nuestros primeros apostolados" ("Apostolado de la

Oración", 1974, p. 237); "Debemos introducir, la oración decía en "otra ocasión, o al menos la convicción de la importancia de la oración y de su práctica, en otras asociaciones" ("Oración y Servicio", 1980, p. 228); "debemos enseñar el modo ignaciano de integrar la oración y la vida" (Oración y Servicio", 1980, p. 229). Por eso, quiso establecer junto a la Dirección General del AO, el CIPO, para que sirviera de experimentación y al mismo tiempo de estímulo y ejemplo a otros centros del AO, nacionales y locales.

- Finalmente dedicó una atención especial a los niños y jóvenes, reunidos en el Movimiento Eucarístico Juvenil. Pero para atenderlos convenientemente insistió en responder a sus legítimas aspiraciones ("Apostolado de la Oración", 1974, p. 224) y darles una formación Eucarística ("Oración y Servicio", 1979, pp. 1-34).

El breve gobierno del P. Paolo Dezza (1981-1983) como Delegado Pontificio ha dejado también una huella en el AO. Mandó publicar las intenciones del AO en Acta Romana (AR XVII, 1982, p. 718-729); ordenó hacer una encuesta entre los Secretarios Nacionales para ver si convenía hacer del AO una Obra Pontificia, fuera de la jurisdicción de la Compañía; manifestó la disponibilidad de la Compañía para seguir los deseos del Santo Padre en este asunto y transmitió el asunto al nuevo P. General; encomendó especialmente al AO la promoción de la causa de canonización, del Bto Claudio de La Colombière con motivo de III Centenario de su muerte (AR, 1982, 752-754); y dirigió una importante carta a los Secretarios Nacionales del Extremo Oriente, reunidos en Madras (India): "Tengo la impresión de que no hemos explorado la gran fuerza que tienen estas orientaciones del Santo Padre, especialmente en lo que se refiere a la formación catequística de los laicos en el espíritu del Concilio" (AR XVIII, 1982, pp. 925-928).

Conclusión: Orientaciones prácticas

De esta larga historia querría deducir con vosotros algunas orientaciones prácticas para este Congreso que ahora iniciamos.

1) Conciencia de nuestras dificultades reales

Como habéis podido apreciar, siempre el AO ha tropezado con dificultades. Lo que importa es afrontarlas con la confianza de quien cree en el amor de Cristo, revelado en su Corazón.

En nuestro tiempo no debemos perder de vista algunas dificultades concretas que provienen de ciertas prácticas de piedad sin una suficiente catcquesis; de un apostolado que se reduce a la oración y que no se traduce, además, en una actividad práctica; de un círculo vicioso, del que hablaba el P. Arrupe: "no somos capaces de renovarnos porque no contamos con elementos jóvenes y no tenemos elementos jóvenes porque no estamos renovados" (Apostolado de la Oración, 1974, p. 240); del desinterés que advertís en algunos superiores, Obispos e incluso Superiores de la Compañía, dificultad que no puede resolverse con meras órdenes emanadas de lo alto, sino ofreciendo un servicio atractivo y eficaz que responda a las expectativas de la pastoral de conjunto, en cada uno de sus sectores.

2) Quisiera deducir de nuestra historia, al mismo tiempo, algunos puntos firmes, que convendrá tener presentes a lo largo de esta reunión.

El AO es una Obra que la Iglesia ha encomendado a la Compañía: la Compañía juzga que puede y que debe seguir prestando este servicio. Debemos ser garantes de la fidelidad al carisma de esta institución, reconocido por la misma Iglesia en importantes documentos. No debemos pretender con ello defender un privilegio, ni imponer una autoridad sobre los demás; sino sentirnos servidores de la Iglesia, de la Iglesia universal y de las Iglesias locales.

Debemos ser conscientes de que este carisma propio del AO está íntimamente relacionado con el carisma ignaciano de los Ejercicios: en estos momentos en que nosotros mismos, los jesuitas, estamos redescubriendo la riqueza de los Ejercicios, ayudará a interesar a los jesuitas cuanto hagamos por reconocer las raíces del AO en los Ejercicios y nos obligará a comunicar sus riquezas con generosidad, especialmente, a los laicos.

En este sentido debemos esforzarnos por dar a los laicos, a través del AO una formación permanente, que responda a las exigencias del Concilio, es decir una formación que según las condiciones de cada uno, abarca aspectos teológicos, catequísticos y humanos; apostólicos y sociales; y que no se limita al apostolado por medio de la oración, sino que lanza a cada uno, de acuerdo con sus posibilidades, a otras formas de apostolado. Esto es lo que han pretendido los nuevos Estatutos aprobados por Pablo VI, cuya riqueza no hemos sabido, quizás, explotar suficientemente.

3) Querría recordaros otros puntos, que vosotros mismos tendréis que profundizar y enriquecer estos días con vuestras informaciones mutuas, vuestro discernimiento, vuestra oración en común y vuestros proyectos prácticos para el futuro.

El AO no debe confundirse, como quizás ha podido suceder en algunas regiones, con una asociación de mujeres. Os recomiendo que tengáis presentes a los hombres, y a los niños y jóvenes, estos últimos encuadrados en su sección específica del MOVIMIENTO EUCARISTICO JUVENIL (MEJ/MEG). Os recomiendo también la pastoral familiar, que siempre ha estado unida al AO por medio de la Consagración de las familias al Corazón de Cristo. Proseguid por este camino.

El AO está llamado hoy a prestar, como en otros tiempos, un servicio importante en el campo de la catcquesis, entendida con la amplitud con que la propone Juan Pablo II: "Hacer madurar la fe inicial y educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de

nuestro Señor Jesucristo (Cat. Trad. n. 19). Aquí se debe fijar vuestro esfuerzo a fin de que las prácticas de piedad populares que promovemos y que la experiencia confirma que son tan válidas, obtengan todo su valor.

4) Desearía por último que no os encerréis dentro de vuestro propio ambiente y de vuestra propia obra. Como la Compañía tampoco debe encerrarse dentro de sí misma, sino confrontarse con el mundo en el cual tiene que trabajar y al cual tiene que servir. El AO debe prestar, como ha intentado hacer siempre, un servicio más universal a través de los medios de comunicación social, que nos han sido siempre tan familiares, pero cuya adaptación y eficacia hemos de revisar continuamente. En este servicio más universal a la Iglesia nosotros debiéramos ser especialistas en manifestar a todos la misericordia de Dios, revelada en el misterio del Corazón de Cristo, y "maestros de oración" como nos ha repetido el Papa, en diversas ocasiones, que debiéramos ser los jesuitas.

Os propongo libremente estas sugerencias para vuestro diálogo.